

he nombrado, tiene lugar propio entre los cultivadores de la crítica *formal* y de la sátira.

No pretendo, con lo dicho anteriormente, imponer al Padre Blanco mis gustos, ni siquiera mis admiraciones. Hubiese el Padre escrito un largo estudio donde triturase á su gusto y á su manera el estilo y el género de Castelar, y yo diría que pensábamos de opuesto modo, pero no diría que en la obra faltan algunas páginas indispensables, sustituidas por otras enteramente innecesarias. Si bien lo que prestó mayor relieve á la magna figura de Castelar ha sido la oratoria, ¿cómo podrá desconocerse el influjo ejercido por esa misma oratoria y por los escritos del primer orador de nuestra época en la literatura general? La pompa y el ritmo de su período soberano influyen sobre nuestra lengua y nuestra prosa dondequiera, donde menos supondríamos quizá. No ha muchos días, al terminar Menéndez y Pelayo de leer su elocuente respuesta al discurso de recepción de Barbieri en la Academia

Española, me dijo persona muy calificada: "Note V. cómo se le ha comunicado á Menéndez algo del estilo rotundo y brillante y de las generalizaciones artísticas de Castelar.", Y era verdad: sin que existiese imitación ¡quién lo duda! ni sombra de otras similitudes rebuscadas, que amenguarían el mérito del sabio joven, podía notar un oído fino y experto esas analogías de forma que engendran, por suave é insensible modo, secretos estímulos morales é intelectuales, tan legítimos como poderosos. En eso precisamente consiste la diferencia entre figuras como la de Castelar y otras borrosas y pálidas que el Padre á veces evoca con cierta morosa delectación, de que sospecho que ya estará arrepentido. De las primeras sale una fuerza comunicativa, emana una virtud eficaz: prescindir de ellas es como prescindir de la época que las produjo, ó como practicarle la ablación de algún órgano esencial para la vida. Aun descartando la oratoria, no puede escribirse la historia de las le-

tras españolas desde mediados de este siglo sin tomar en cuenta á Castelar. Entre las muchas sugerencias á que debe hacerse superior, con altiva independencia, el historiador literario, figura en primer término la sugestión de la prensa política, que de quince años á esta parte embiste con irritado oleaje, no sólo contra la personalidad de Castelar, jefe de partido, sino contra la del literato y del artista, el Castelar que concilia las simpatías de toda Europa y de todo el Nuevo Continente americano. Para el historiador literario un escritor es siempre un escritor, grande ó pequeño, y si grande, *ipso facto* venerable. Ya veo que estos son los casos en que el hábito estorba, y también he de reconocer que á tanta parcialidad como el hábito á los monjes, impulsan á los escritores liberales los compromisos de secta ó los compañerismos de redacción.

Pero noto que mi artículo va pareciendo impugnación del libro del Padre, y no es tal mi propósito, ni menos sería justi-

cia, pues hay secciones del libro que casi sin restricciones alabo: por ejemplo, el estudio sobre el *Teatro después del romanticismo*, el cual, dentro de los límites prefijados por el autor, da idea bastante exacta del carácter, condiciones y mérito relativo de nuestros dramaturgos anteriores al romanticismo de Echegaray. Los juicios acerca de Tamayo, Eguilaz, Ayala, Serra y demás autores de ese período de transición, son justos, avisados y discretos, y sólo me parece que huelga (dado lo compendioso del estudio mismo) el capítulo entero sobre el drama lírico y la zarzuela. También está bien resumida la que el Padre llama *nueva fase de la novela histórica*, especialmente si eliminamos un tremendo panegírico de *Amaya ó los Vascos en el siglo VIII*, obra ciertamente muy estimable, pero sin condiciones artísticas extraordinarias de esas que pueden asegurar hoy el éxito de una novela histórica (v. gr., *Salambona*, de Flaubert). Aunque el Padre, movido por la simpatía que le infunden junta-

mente el sentido patriarcalista de la obra y las ideas políticas y religiosas del autor dé á entender que se ha cometido con él una injusticia y que *Amaya* merecía más resonancia de la que obtuvo, al final del capítulo el mismo Padre viene á reconocer la razón, diciendo que "la novela histórica apenas tiene hoy vida en España, y el escaso número de ellas que se publican no pasa de ser desviaciones individuales y pasajeras del realismo imperante, consagrado por el ejemplo de los autores y por la afición del público". Estas palabras, que encierran una observación muy exacta, son la mejor respuesta á los encomios de *Amaya* y al "sonrojo" de que las Revistas no le consagrasen mayor espacio y más atención, y sólo se ocupasen de ella "los correigionarios del autor". Más en lo firme está el Padre cuando ensalza á Fernán Caballero: á Trueba en cambio le otorga un lugar que no confirmará el tiempo: la literatura de Trueba, pocos años después de su muerte, ya ha caducado: la de Fernán su-

birá cuando se coloque en su verdadero lugar á la autora de *La Gaviota*, de quien proceden en varios sentidos muchos de nuestros novelistas contemporáneos.

Algo deja que desear el capítulo titulado *La política y las letras después de la revolución de 1868*; ciertamente ahí es donde convenía remontar más el vuelo, estudiar la Revolución generosamente, y deducir, sin más pasión que la literaria, sus frutos en las letras. A sentencias tan duras y despiadadas como la que el Padre Blanco fulmina sobre el período revolucionario y hace extensiva á la Restauración, juzgando que no hemos debido á estas vicisitudes políticas sino una era de anarquía y casi de disolución intelectual y estética, objetaría yo lo que objetaba un distinguido crítico francés á Bonald, el ardiente apologista del derecho divino: "Siempre será, por mucho que se apoye en la elocuencia, tarea ingrata y estéril la de obstinarse en censurar obras realizadas por el proceso de las edades, que no hay fuerzas huma-

nas que puedan modificar... Persuadirse de que la sociedad no puede vivir sin instituciones muertas; no creer duradero sino lo fenecido; suponer por los eclipses de la razón humana que se ha de oscurecer sin remedio, es ir de un extremo á otro y añadir á los añejos nuevos males¹.

Desdeñoso en extremo me parece también el juicio sobre Bartrina, que contrasta con la indulgencia que el Padre manifiesta á Núñez de Arce y á sus imitadores, y la bondad crítica que revela la larga cita del *Triunfo*, de Gabino Tejado. Bartrina, sin embargo, como artista, tiene, á vueltas de sus gravísimos defectos, una originalidad innegable; hay en él ciertas notas amargas que han resonado en el alma moderna, hay lacerías que él ha mostrado con cínico humorismo, como el Job de la leyenda su lepra horrible. A Bartrina no se le puede confundir con la turbamulta: Bartrina tiene fisonomía propia.

¹ G. Merlet: *Tableau de la littérature française*.

Que esta fisonomía sea un *riclus* sardónico... no lo negaré; pero eso... ni quita ni pone. Sin contar con que para la tesis del Padre, tesis que podremos llamar "del mal de la generación presente", ningún argumento más lucido y sutil que el análisis del alma de Bartrina. Epoca bien dolorosa, por cierto estilo, la que ha podido producir ese cantor "triste como la muerte y la voluptuosidad", según dijo del rey Salomón alguien que lo entendía.—Las páginas dedicadas á *Larmig* sí que me parecen muy sentidas y hermosas, y justa la alabanza de ese poeta religioso, que prueba que en ningún tiempo faltó ninguna cuerda á nuestra lira. ¡Lástima que no haga mención de una de las joyas de *Larmig*, las hermosas *Quere-llas del vate ciego!*

Del estudio consagrado á Pedro Antonio de Alarcon y al Padre Coloma, poco he de decir, por lo mismo que en él se me cita reiteradamente, y que acabo de exponer mi juicio sobre estos dos novelistas en recientes publicaciones. El capítulo

consagrado á Valera es de los mejores de la obra; serio y razonado, puede dar idea de la compleja fisonomía de este ático y deleitoso escritor. En el que concierne á Pérez Galdós encontraría yo más reparos, pero sería un rasgo de mal gusto en mí el formularlos, después de oír de boca del mismo insigne novelista "que el capítulo está muy bien, y que le dé las gracias al Padre Blanco de su parte.". No seamos más galdosistas que Galdós...

Las páginas dedicadas á Pereda son también recomendables, aunque extremen algo el encomio, extremo inevitable en el crítico monje, porque Pereda es, al par que un gran artista, una bandera, bandera que el enemigo saluda con respeto... que ahí está lo curioso, y al par honroso, para la crítica extracatólica, verdadera autora de la fama de Pereda, consagrada por el prólogo de Galdós al *Sabor de la Tierruca*.—Por cierto que al tratar esta cuestión y hacerse cargo de algo que yo escribí sobre Pereda antes y después de que saliese á luz *La Mon-*

talvez, estampa el Padre Blanco los conceptos siguientes: "Perdóneme la egregia autora de *La cuestión palpitante* que en las páginas de este libro habló del *huerto* de Pereda, *bien regado, bien cultivado, oreado por aromáticas y salubres auras campestres pero huertó, al fin*—ha dicho ella misma—*no extensa llanura ni dilatado parque*: yo no alcanzo á divisar por qué el mérito de una novela ha de agrandarse ó achicarse según los límites del escenario en que se desarrolla, ni, sobre todo, por qué ha de encerrar menores elementos de belleza la perspectiva de las costumbres provincianas, del mar inmenso, de costas y campiñas, tal como revive en las obras de Pereda, que el abigarrado microcosmos de las grandes poblaciones,—"No puedo menos de rectificar, y estoy segura de que para el Padre Blanco será valedera mi rectificación, que ya no me tomo el trabajo de dirigir á ciertos regionalistas ó localistas estultos, de esos que serían capaces de decir como el marsellés del cuento: "*Troun de Diou!*

Si Paris avait la Cannebière... ce serait une petite Marseille!

Yo no he dicho jamás que el mérito de una novela se agrande ó achique según los límites del escenario en que se desarrolla. ¿Cómo había de decir tal dislate? En bien reducido escenario se desarrollan la primorosa *Colomba*, de Merimée; la admirable *Hechizada*, de Barbey d'Aurevilly; *Pepita Jiménez* (sin adjetivo), de Valera; *El Niño de la Bola*, de Alarcon; *Madama Bovary*, de Flaubert; *La Azucena en el valle* (*Le lys dans la vallée*), de Balzac; y podría seguir citando títulos y autores ilustres, hasta que se me cansase la mano. Mal podría yo sostener una doctrina que nunca seguí. Por lo mismo que no me precio de gran novelista, se comprende que al escribir una novela he de aspirar á poner todos los medios para añadirle mérito, y no hubiese localizado *El Cisne de Vilamorta* en un poblachón, *Los Pazos de Ulloa*, *La Madre naturaleza*, y *Bucólica* en una aldea, y lo mismo parte de *Una cristiana*. Si su in-

clinación lleva al novelista á retratar costumbres aldeanas y tipos populares, bien hace en obedecerla. Pero el crítico no puede eximirse de tomar nota de esa inclinación, y de advertir, en uso de sus facultades críticas, que el marco de un escenario rural es tan favorable para el *paisajista* y el *costumbrista*, como desventajoso para el *psicólogo*, y que al novelador le hacen grande y excelso, más que las dotes del pintor de costumbres y telones de selva, las de buzo de almas. En el campo hay más *naturaleza* que *hombre*: y el que al campo se reduce, sobre todo con el exclusivismo que tiene demostrado Pereda, mejor tocará el paisaje que la figura, por inevitable ley de las cosas. Este y no otro alcance tenía mi asendereada observación sobre el *huerto*. Por lo demás, ¿quién duda que el villorrio, visto como supo verlo Flaubert, ofrece tanta riqueza psíquica como la más refinada capital? Allá el Dios que reparte los dones artísticos sabrá por qué otorgó á Pereda los suyos, adecuados para el cam-

pestre idilio y la epopeya del mar, más que para el estudio psicológico.

Y esta es mi única rectificación, pues ya me libraré de dejarme llevar á discutir lo que acerca de mí y de mis obras escribe el Padre. En primer lugar, porque me considero muy favorecida con los juicios que le merezco; y en segundo, porque siempre he tenido por sistema dejar, en lo que á mi personalidad se refiere, desembarazado y franco el paso á la crítica, no ya á la muy benévola y delicada del Padre, sino á la más atrabiliaria, descomunal y furibunda. Defiendo mis ideas; mis obras que se defiendan ellas, y si no pueden, señal de que merecen sucumbir. Este es el cariño bien entendido del padre á su progenitura, y no ese celo extremoso que la resguardaría bajo un fanal para que no la diese el aire.

Ya me queda muy poco espacio que consagrar á lo que el Padre dice de nuestra crítica erudita y sabia y de actualidad, y que en general encuentro bastante discreto, pues describe ó caracteriza de

una plumada las figuras de los principales cultivadores de ese ramo ingrato y escabroso.—No diré que entrando en pormenores no encontrase yo bastante asunto de controversia, lo mismo en ese estudio que en todo el libro; pero en el fondo vendrían á reducirse mis objeciones á lo que ya indiqué al hablar del primer tomo: demasiadas figuras secundarias; poca holgura para las principales y para los géneros que se hacinan y se atropellan, debiendo campear aisladamente en cuatro ó seis volúmenes, escritos y publicados en el espacio de dos ó tres lustros lo menos. Esto no implica nada que pueda lastimar al joven historiador; yo reconozco en él bastante acierto en general, elocuencia para expresar la admiración y para formular la censura, don de atraer é interesar al lector en el asunto que trata, y otras muchísimas condiciones que le permitirían, en ese plazo y en esos límites, darnos una obra cercana á la perfección; y si yo no viese en el Agustino estas dotes, me guardaría

de hablarle de plazos, porque hay quien ni en un lustro ni en un siglo hará sino boberías, y el Padre, en un plazo relativamente muy corto, ha hecho *algo* reconocidamente útil, idóneo para despertar el amor á nuestras letras en los países americanos, donde correrá, no sólo en el original español, sino en la traducción inglesa que en Nueva Yorck se prepara, y donde ya tienen noticia del libro por los detenidos análisis que Valera ha enviado á una de las publicaciones más importantes de aquel país. De todas las empresas literarias, el Padre escogió la más dificultosa, y esto, que debe por un lado obligarnos á severo y detenido examen, por otro nos impone, como deber sagrado y de conciencia, el reconocimiento explícito de los méritos contraídos en la labor. Para un alma valerosa es mayor incentivo á este acto de justicia la cerrada tempestad que descargó sobre el Padre con motivo de la publicación del segundo tomo. Se le maltrató como si hubiese cometido algún delito al dedicar su juventud

al estudio de las letras y al trato con Dios, en vez de estragarla en el café, el casino ó el chiscón infame; y así como si declarase á voz en cuello no haber leído á nuestros poetas, novelistas, críticos y autores dramáticos se le trataría de obscurantista y apagaluces, por haberlos leído y juzgado con espíritu general de caridad y muchas veces con entusiasmo apologético, se le llamó sacristancillo entrometido y se le preguntó quién le daba á él, el muy pizpireto, vela en este entierro literario, y cómo el Obispo y el Superior no le quitaban las licencias y le ponían á pan y agua y calabozo siquiera unos meses.— Ya dije, hablando del Padre Coloma, que simpatizó con los *escritores maniatados*, los religiosos, las mujeres, porque necesitan tener doble talento, y tenerlo forrado en suprema energía, para que no les asusten los espantajos que les salen al camino, pegando, como la *fantasma del lugar* del inolvidable D. Ramón de la Cruz,

«unos bufidos, á modo
de una vaca que desuellan.»

Repito lo dicho: el libro es digno de aprecio y vale mucho, sobre todo como señal y prenda, y el autor vale todavía más, claro está, que este primer libro, y lo ha de probar cumplidamente en los venideros.



CRÓNICA LITERARIA

EN un mismo día fué recibido el señor Barbieri en la Academia Española y se le hizo á D. José Velarde en el Ateneo honroso funeral.

El discurso de D. Francisco Asenjo Barbieri versó sobre *La música de la lengua castellana*. Tratándose de esta clase de música, no será atrevimiento disentir del parecer del nuevo académico, que conceptúa nuestra lengua nacional musical en alto grado. Dice Barbieri: "Lo primero que llama la atención y causa extrañeza á todo extranjero que pisa nuestro suelo es el tono con que nos expresamos hablando en voz alta, como prueba, no sólo de nuestro carácter meridional y vehemente, sino también de que nuestra lengua es tan rica de sonidos y tan ampulosa, que por esto, sin duda,